El conde de Camors se inclinó.

La señora de Tecle se habia levantado y tocado el timbre.

—¿Está ahi la señorita María? (preguntó á un criado.) Decidla que se ponga el sombrero y venga.

Un momento despues entró la señorita María: dirigió al Conde la franca mirada de niña curiosa, le saludó ligeramente, y los tres salieron del salon por una puerta que daba al parque. Por esta parte de la casa, como por el lado de la fachada, extendianse cuestas y valles cubiertos de musgo, bosquecillos y praderas, puentecillos blancos, vacas lustrosas y rizados carneros, hasta perderse de vista. La señora de Tecle, sin dejar de contestar cortesmente á las lisonjeras exclamaciones del conde de Camors, marchaba con rápido paso, y sus botitas de hada dejaban ligeras huellas como dibujadas en la blanca arena del sendero. Sin quererlo, y sin saberlo, andaba con inconcebible gracia, manifestando soltura, gentileza, elasticidad y exquisita elegancia, que se hubiese creido coqueta, si no se reconociera como perfectamente natural.

Cuando llegaron á la tapia que formaba a parte derecha del parque, abrió una puerta, y se encontró en un camino muy estrecho

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que atravesaba inmenso campo de trigo en sazon. La señora de Tecle continuó marchando, siguiéndole su hija, y á esta el conde. La niña Maria se habia manifestado hasta entonces muy formal; pero al ver aquellas doradas espigas mezcladas con blancas margaritas y rojas amapolas; al escuchar aquel delicioso concierto que millares y millares de moscas azules, verdes amarillas y bronceadas formaban en medio de aquellas maravillas, la niña Maria se exaltó y perdió algo de su formalidad. Deteniase á cada paso para coger una margarita ó una amapola, aunque volviéndose en cada estacion al señor de Camors para decirle: "¡Perdonad caballero" pero, no obstante su cortesia, su madre se disgustaba.

—¡Vamos, María, (exclamaba); vamos pronto!

Al fin, cuando pasaron cerca de un manzano de los muchos que se alzaban entre el trigo, la niña vió una rama verde, terminada por una manzana mas verde aun, y tan gruesa como la punta de su dedo. La tentacion fué irresistible.

—Perdonad, caballero,—dijo.

Y entró en el trigo para alcanzar el manzano, y, si Dios queria, la manzanita; pero la señora de Tecle no lo permitió.

—¡Maria! (exclamó con viveza). ¡En el trigo! ¿Estás loca, hija mía?

Maria volvió corriendo al sendero; pero no pudo desistir de su vehemente deseo, y mirando al conde de Camors con suplicantes ojos:

—Caballero (le dijo, señalando la rama) ¡Os ruego!.... ¡Haria tan buen efecto esa manzanita en el ramillete!....

Al conde Camors bastó inclinarse un poco y extender el brazo para arrancar del árbol la ramilla y la manzana.

—¡Muchas gracias!—dijo tranquilamente la niña.

En seguida unió el tallo del ramillete, lo colocó en la cinta del sombrero, y se puso arrogantemente en marcha, lanzando un suspiro de satisfaccion.

Cuando se acercaban á una barrera que se habria al extremo del campo, la señora de Tecle se volvió de pronto:

—¡Mi tio, caballero!—dijo.

El conde de Camors alzó la cabeza, y vió un anciano de elevada estatura, que se habia parado al otro lado de la barrera, y que les miraba con la mano puesta sobre los ojos á guisa de pantalla. Llevaba botines de cuero amarillo con hebillas de acero, largo chaqueton de terciopelo color de castaña y sombre-

ro hongo. Por sus blancos cabellos y espesas cejas negras, reconcció Camors al señor que tocaba el violin.

—Tio (dijo la señora de Tecle, indicando al jóven con el gesto): ¡el señor de Camors.

—¡El señor de Camors! (repitió el viejo con voz fuerte y sonora) seais bien venido, caballero.

Diciendo esto, abrió la barrera, y tendió al jóven su mano morena y velluda.

—Caballero (añadió); conocí mucho á vuestra madre, y me regocijo de ver al hijo en mi casa. Vuestra madre, caballero, era muy buena, y merecía ciertamente....

El anciano vaciló, y terminó la frase con un *¡hem!* sonoro, que resonó en su ancho pecho como en la bóveda de una iglesia.

Tomó la carta del señor de Campvallon, que le presentaba el conde, y poniéndola á larga distancia de los ojos, comenzó á leerla á la sombra de un vallado inmediato. El General habia prevenido al jóven que no creia político revelar desde el primer momento al señor Des Rameures los proyectos que habian concertado, no encontrando, por tanto, en la carta el señor Des Rameures otra cosa que calurosa recomendacion en favor del conde de Camors, y en la posdata la noticia del matrimonio del General.

—¡Cómo, diablo! (exclamó el señor Des Rameures.) ¿Sabes lo que dice, sobrina? ¡Campvallon se casa!

Las noticias de matrimonio tienen el privilegio de despertar el interés particular de las mujeres, y la señora de Tecle se acercó con curiosidad, prestando tambien atento oido la niña Maria.

—¡Cómo, tio; !el General!.... ¿Estais seguro?

—¡Caramba! Sin duda, seguro estoy, puesto que me lo dice él mismo. Conoceis á la novia señor de Camor?

—La señorita de Luc d'Estrelles es prima mia, caballero.

—¡Ah! Muy bien; y supongo que será persona.... de cierta edad....

—Veinticinco años.

El señor Des Rameures lanzó uno de esos sonoros *hem* que le eran familiares.

—¿Y será indiscreto preguntaros, caballero, si esta dotada de algunos atractivos físicos?

—Posee rara belleza.

—¡Hem! ¡Muy bien, caballero!.... Paréceme que el General es algo viejo para ella; pero, en último caso, cada cual se conoce, sí, se conoce bien.... ¡Hem!.... Querida Elisa, cuando quieras te seguiremos.... Perdonad, señor Conde, si os recibo con tan rústico atravio....; pero soy labrador, *agrícola* y pastor...., sencillo guardian de rebaños! *custos gregis*, como dice el poeta.... Pasad delante, caballero, os lo ruego....—Maria respeta los trigos hija mia!....¿Y podremos suponer señor de Camor, que tengais la feliz idea de abandonar la gran Babilonia y de instalaros en vuestra propiedad rural? Dariais muy buen ejemplo caballero, ejemplo excelente; porque desgraciadamente hoy mas que nunca puede decirse con el poeta.

"*Non ulus aratro*
Dignus honos; squalent ubductis arva colonis,
Et....et .."

A fé mia, he olvidado el resto.... ¡Pobre memoria! ¡Ah, caballero! no os hagais viejo....

—*Et curvæ rigidum falces conflantur in ensem*—dijo el señor de Camors, terminando la interrumpida cita.

—¡Como, caballero; citais á Virgilio! ¡Leéis los clásicos! ¡Me encantais, si, me encantais sinceramente! No tiene ese defecto la moderna generacion. Dicen los ignorantes que es de mal gusto citar los clásicos.... No pienso yo asi, caballero.... De ninguna manera.... Nuestros padres los citaban,

porque los conocian. Virgilio es mi poeta, caballero.... No porque apruebe todos sus procedimientos de cultivo.... Porque salvando el respeto que me merece, mucho hay que decir relativamente á eso.... Y con especialidad, su método acerca de la cria de ganados es de todo punto insuficiente; pero, en lo demas, es divino. Y bien, señor de Camors; ya veis mi pequeño dominio, *mea paupera regna*.... El retiro del sabio. Aqui vivo feliz como un patriarca, como viejo pastor de la edad de oro, amado por mis vecinos, lo cual no es cosa facil.... y venerando los dioses, que lo es mucho mas.... Si, caballero; y puesto qne os agrada Virgilio, diré, como él:

"Fortunate senex, hic inter flumina nota,
Et fontes sacros frigus capitabis opacum!"

Y tambien señor de Camors;

"Fortunatus it ille Deos qui movit agrestes,
Panaque, Silvanumque senem!...."

—*¡Nymphasque sonores!* — dijo Camors sonriendo, y designando con ligero movimiento de cabeza á la señora de Tecle y á su hija, que caminaban delante.

—¡Muy bien! ¡Muy oportuno! ¡Es la pura verdad! (dijo alegremente el señor Des Rameures.) ¿Has oido sobrina?

—Sí, tio.

—Y ¿has comprendido?

—No, tio.

El anciano lanzo una carcajada.

—¡No te creo, querida, no te creo! ¡No la creais, señor conde! ¡Las mujeres tienen el don de comprender las galanterias en todos los idiomas!

Hablando así, llegaron á la casa, y se sentaron en un banco, delante de la puerta del salon, para gozar del punto de vista. El conde de Camors celebró el gusto y buena disposicion del parque, aceptó una invitacion de comida para la semanana siguiente y se retiró con oportunidad, lisonjeándose de haber hecho, desde el primer dia, algunos progresos en la amistad del señor Des Rameures: pero deplorando no haber hecho ninguno, segun todas las apariencias, en la simpatia de la esbelta sobrina.

Era todo lo contrario

— Ese jóven, — dijo el señor Des Rameures, en cuanto se quedó solo con la señora de Tecle,— ese jóven conoce algo los clásicos; pero se parece extraordinariamente á su padre, que era vicioso como el pecado. En la